

Francisco de Miranda, la aventura de la política

MANUEL LUCENA GIRALDO

Francisco de Miranda, la aventura de la política



EDAF

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN - SANTIAGO - MIAMI

2011

© 2011. Manuel Lucena Giraldo
© 2011. De esta edición Editorial EDAF, S. L.
© Diseño de la cubierta: Ricardo Sánchez

EDAF, S. L.
Jorge Juan, 68. 28009 Madrid
<http://www.edaf.net>
edaf@edaf.net

Ediciones-Distribuciones Antonio Fossati, S. A. de C. V.
Cerrada General Cándido Aguilar, 2; Col. San Andrés Atuto
Naucalpan Edo. de México
C. P. 53500 México D. F.
Tfno. sin costo: 01(800)5573733
edafmex@edaf.net

Edaf del Plata, S. A.
Chile, 2222
1227 Buenos Aires (Argentina)
edafdelplata@edaf.net

Edaf Antillas, Inc.
Av. J. T. Piñero, 1594 - Caparra Terrace (00921-1413)
San Juan, Puerto Rico
edafantillas@edaf.net

Edaf Antillas
247 S. E. First Street
Miami, FL 33131
edafantillas@edaf.net

Edaf Chile, S. A.
Coyancura, 2270, oficina 914. Providencia
Santiago, Chile
edafchile@edaf.net

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

Enero de 2011

ISBN: 978-84-414-2669-6
Depósito legal: M:52.503-2010

Dedicado a
Miguel Fernández-del Pino
y *María Jesús Torres,*
que como *Miranda*
habitan en el corazón de muchas personas

ÍNDICE

PROLOGO	11
1. CRIOLLO DE CARACAS	25
Una familia canaria	27
Militar ilustrado	34
Huracán en el Caribe	43
2. PRIMER GRAN VIAJERO AMERICANO	51
Estados Unidos, el despertar de la libertad	53
A través de las Europas	62
Todas las Rusias	73
De regreso ¿al hogar?	77
3. TRIUNFO Y CAÍDA DEL REVOLUCIONARIO	81
La transición de un aventurero	85
Francia, 1792. El lugar preciso, en el momento oportuno	91
Campos de batalla	96
La sombra de la guillotina	102
4. GOBERNAR LA OCASIÓN	113
Un plan casi infalible	116
Intermedio londinense	123
Los celos de Fouché	132
Estar en ninguna parte	136
La expedición de 1806	146

5. EL GRAN HOMBRE DE LONDRES	155
Crisis peninsular	158
Oficio de plumilla	163
Visitantes ilustres	177
6. CIEN DÍAS DE MANDO SUPREMO	183
Incómoda presencia	185
Cabeza de agitadores	188
Ciudadano diputado	193
Generalísimo	198
Traición y entrega	207
Presidiario inconforme	214
Último suspiro	219
Epílogo. LA TRAICIÓN DE LA POSTERIDAD	223
Restos	224
Familia	226
Papeles	229
Ideas	231
CRONOLOGÍA	233
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	241
ÍNDICES	

PRÓLOGO

*Pienso todo el tiempo
en aquellos que de verdad fueron grandes.
Los nombres de quienes en sus vidas
lucharon por la vida,
los que acarrearón en sus corazones
el centro del fuego.
Nacidos del sol, viajaron a su encuentro un corto trecho.
Dejaron el aire transparente sembrado con honor.*

STEPHEN SPENDER

EN un siglo como el XVIII que produjo muchas figuras extraordinarias, Francisco de Miranda personificó sus contradictorias características de manera ejemplar. Racional e ilustrado en el sentido clásico del término, fue también un sensualista y un epicúreo, dispuesto a gozar de todo cuanto se le ponía al alcance: conversación educada, lecturas prohibidas, lujo palaciego, relaciones de amistad con hombres y de seducción no exenta de cierta camaradería con mujeres. Todo ello no le impidió predicar con convencimiento la «sobriedad republicana» a la que se debía un hijo de la revolución, hasta tal punto que en 1795 achacó al pillaje francés en Italia la decadencia de la política virtuosa: «El espíritu de conquista en una república es enteramente subversivo del espíritu de libertad», afirmó entonces. Caraqueño, venezolano y el primer nacido en el Nuevo Mundo

verdaderamente universal, fue fiel de manera simultánea en diferentes etapas de su vida a identidades políticas monárquicas y republicanas: española, francesa y hasta rusa. Religioso lo fue a su manera, dentro de un espíritu deísta ilustrado, compatible con la preocupación católica que mostró cuando pidió a un amigo que su hijo fuera bautizado sin aspavientos ni celebraciones. La filiación británica y sobre todo londinense constituye capítulo aparte, porque en Londres vivió muchos años. Allí estableció el único verdadero hogar que tuvo (solo entre 1798 y 1805 residió en cinco casas diferentes), el que compartió con la inglesa Sarah Andrews, a quien había conocido en uno de sus viajes por el norte del país.

Ella cuidaría con devoción de sus hijos Leandro (nacido en 1803) y Francisco, conocido como *Pancho*, que vino al mundo en 1806. Lamentablemente para ellos, compartieron la casa familiar en el 27 de Grafton Street (ahora el 58 de Grafton Way) con su padre por poco tiempo, y más bien la experiencia familiar de Sarah y la de ambos hijos estuvo marcada por esa forma extrema de presencia que representa la nostalgia. En octubre de 1806 la empobrecida, leal e indispensable Sarah dirigió a su esposo errante por el Caribe (podía haber estado en cualquier otro lugar) una expresiva carta en estos términos: «Yo desearía que estuvieses aquí, querido mío, porque sin ti nos sentimos casi perdidos. Mi querido Leandro me promete todos los días que volverás a casa y si toma una gota de agua, tiene que beber primero a tu salud».

La personalidad poliédrica de Francisco de Miranda se reflejó en la multitud de oficios que desempeñó, soldado, político, conspirador, espía y periodista, pero las claves de su carácter se encuentran en sus facetas de viajero y lector. Si la dispersión y el enmascaramiento —es decir, el disimulo más o menos forzoso de quien fue buena parte de su vida fugitivo, perseguido y exiliado— se hicieron patentes en las múltiples actividades y el uso de muchos nombres, Miranda siempre se las arregló para tener

libros y recado de escribir a su lado, papel, tinta y pluma. Imaginación para los apodos y alias nunca le faltó, como tampoco talento para la traducción de su apellido a otros idiomas. Fue el señor Meran en Hamburgo, Meirat en Suiza, coronel Martín de Mariland en Roma, coronel Mirandow en Rusia, Merov en Holanda, Merod en Francia, Martin en Gran Bretaña y Estados Unidos, Lerroux D'Helander como fugitivo en París, generalísimo Miranda en Venezuela, *Eleuteriatikós* en cartas de arte y política y José Amindra cuando, prisionero en Cádiz, preparaba la fuga.

Esta faceta de lector empedernido y de escritor grafómano dio lugar a una portentosa biblioteca y a un archivo prodigioso de 63 volúmenes encuadernados entre manuscritos propios y ajenos, folletos e impresos sueltos, la *Colombeia*, registrada por la UNESCO en 2006 como parte de la Memoria del mundo: 26 tomos de viajes (1750-1805), 18 de la revolución francesa (1792-1808) y 19 de negociaciones (1790-1810), según su propia clasificación. Adquirido en 1926 por el gobierno de Venezuela, ha sido publicado en series magistrales por la Academia Nacional de la Historia, (24 vols., 1929-1950; 19 vols. de 1978 en adelante).

Paradójicamente, esta enorme cantidad de información ha producido, como ha señalado John Maher, tanto una sobreexposición como un desconocimiento.

Hace muchas décadas que los hechos fundamentales de la vida de Francisco de Miranda son bien conocidos. Cada coyuntura vinculada a la conmemoración de las independencias latinoamericanas, o a eventos significativos de su biografía, en 1910, 1950, 1960 y 2006, ha dejado estudios sólidos y fiables, dentro de las peculiaridades historiográficas de cada periodo. Pero en comparación con figuras americanas contemporáneas y en muchos sentidos equivalentes, como George Washington, Simón Bolívar o José de San Martín, existen dificultades de contexto e interpretación. Es cierto que la vida errática de Miranda, transcurrida entre viajes y exilios, puede asimilarse, como es patente en algunas visio-

nes literarias, a la de un Casanova criollo, libertino y encantador, un tipo humano que es y será hasta el fin de los tiempos materia pura de novela. Esta posición de partida se refuerza porque conoció a casi todas las figuras importantes de una época que las tuvo en abundancia y dejaron en muchas ocasiones su opinión sobre él: Washington; Napoleón (que con su habitual banalidad intelectual lo comparó a un Quijote para descalificarlo sutilmente); Hamilton; Adams (que lo consideró un desarraigado y un vagabundo); Jefferson; Robespierre (que lo odió con ferocidad); Thomas Paine; Jeremy Bentham; William Pitt; el príncipe Potemkin; Catalina la Grande (que le concedió su «protección imperial en todas partes del mundo», con la despótica superioridad que era de esperar); el abolicionista Wilberforce; o el músico Haydn.

También lo trataron multitud de españoles americanos, podríamos decir que todos los que contaban en la nueva política emancipadora. Desde el polígrafo de las Américas Andrés Bello (deslumbrado por su biblioteca) al prócer chileno O'Higgins (a quien adoctrinó en el ideario independentista) o el Libertador Simón Bolívar, con quien tuvo una relación que transitó de la admiración al resentimiento y la ruptura. Ciertos rasgos vitalistas del carácter de Miranda, que sin duda consideró la vida una aventura, no solo lo expusieron a los juicios de sus contemporáneos, sino que favorecieron que fuera acusado de ser acomodaticio y ambiguo. Esta imagen física y moral un tanto desdibujada aparece en las descripciones difundidas en textos, cuadros, estatuas y hasta en cine y televisión. La fundamental *Historia de la primera república de Venezuela* (1939) de Caracciolo Parra Pérez señala: «Es criollo, es decir, blanco. Tiene 1,62 m. de alto, cabello negro, ojos grises llenos de fuego, ancha frente, nariz perfilada y boca perfecta que sabe sonreír. Elegante en el vestido, derecho como una espada con el pecho saliente, su marcha es decidida y militar. Nervioso, en perpetuo movimiento, habla en axiomas con imperio y elocuencia. Posee el don de persuadir en varias lenguas. Da a sus

auditores, cualesquiera que sean, la impresión de tener conocimientos universales, sagacidad y sobrehumana energía. Modelo de templanza, excepto para lo que él mismo llama placeres de Venus, come el rancho de la tropa, solo bebe de ordinario agua azucarada, duerme apenas seis horas, lucha, lee, piensa, escribe sin descanso. Por pasatiempo toca flauta».

El biógrafo Carlos Pueyrredón opta en *El general Miranda* (1942) por una descripción que parece basada en el famoso cuadro de estética neoclásica *Miranda en La Carraca* (1896) de Arturo Michelena, considerado por Rafael Pineda su arquetipo iconográfico por excelencia, aunque el pintor obviamente nunca lo conoció y usó como modelo a Eduardo Blanco, autor de *Venezuela heroica* (1881): «De aspecto atrayente, alto como de dos varas, ágil, fuerte, corpulento, erguido, salud de hierro, ojos grises penetrantes y movedizos, con mirada de fuego, frente alta, cara redonda, tez algo morena, bella y bien cuidada dentadura, nariz grande y labios finos que sabían sonreír». A ello añade que poseía «una voz suave e insinuante que subía de tono cuando le contradecían, transformándose en violenta y agresiva».

Pero fue en el terreno de la biografía ficcional donde se produjeron las invenciones más sorprendentes. Si Olga Briceño menciona al comienzo de *Miranda. Mariscal de Francia y precursor de la libertad de América* (1900), en el capítulo titulado *Viene al mundo el precursor*, la supuesta presencia en el momento de su nacimiento de una orquestina de músicos callejeros, aleccionada por «un hermoso rostro de mulata joven», el venezolano Francisco Herrera Luque lo presenta en su novela sobre los potentados caraqueños productores del cacao o mantuanos *Los amos del valle* (1979), como «un hombre joven, moreno y muy apuesto». En un guion de radio figura como «requetebuenmozo» y «un mango [hombre guapo] bajito».

Lo más llamativo es el olvido de descripciones contemporáneas. John Edsall recluta de la expedición a Venezuela que Miran-

da dirigió en 1806, señala en sus memorias: «El primer objeto extraño que vi fue un hombre de seis pies de estatura (1.82 m.), metido en una bata roja de mañana y en zapatillas. Ese hombre hubiera podido ser calificado de robusto, si no fuera por su palidez extraterrestre. Su cabello tenía la blancura de la plata y era notable en él la gran cantidad de pelos del interior de sus orejas. Atado hacia atrás y empolvado el cabello, así y todo no era un hombre cuya apariencia me fuese atractiva. Él ha sido la persona más inquieta que yo haya conocido y al hablar movía constantemente las manos y los pies». Moses Smith, otro recluta de la expedición, señala que «su aire de autoridad lo distinguía», usaba bata roja y zapatillas «y su fisonomía denotaba que no era de nuestro país (Estados Unidos)».

Más allá de la tradición biográfica que presume la correspondencia entre lo físico y lo moral, o infiere rasgos de carácter de la observación del rostro (nariz, barbilla y frente) como postulaba la fisiognómica, tan de moda en vida de Miranda, vale la pena hacerse preguntas que tienen que ver con su identidad, figura y relato. ¿Se trató de un americano que se volvió europeo, como algunos indicaron para explicar sus fracasos militares y políticos, o para atribuírselos en exclusiva, caso de la caída de la Primera república de Venezuela en 1812? ¿Su identidad como nativo del Nuevo Mundo predominó? ¿Fue un aventurero interesado, o un idealista pronto al sacrificio? ¿Un aficionado a demasiadas cosas, un diletante, o alcanzó profundidad de pensamiento? ¿Un amoral corrupto dispuesto a saquear el tesoro público, como mantuvieron quienes lo entregaron a los realistas, o un sobrio prócer que lo dio todo por la patria, incluso la vida? ¿Un proyectista alucinado, o un precursor de la libertad?

Precisamente en torno a esta última condición de Miranda como precursor de las independencias latinoamericanas se vertebran algunos estereotipos que tienen la consistencia de una verdad revelada, propia de la religión laica republicana estable-

cida en Venezuela y en el resto del continente por los triunfadores de las guerras de independencia. Según el *Diccionario* de la Real academia española, precursor es en primera acepción el «que precede o va delante» y en la segunda quien «profesa o enseña doctrinas o acomete empresas que no tendrán razón ni hallarán acogida sino en tiempo venidero».

Los precursores están condenados a la anacronía, a vivir en un tiempo que no corresponde a sus ideas y designios, porque se le han adelantado como Moisés, arquetipo de los precursores, *hasta quedar fuera de él*. También se trata de personajes trágicos e incompletos en su devenir. Este es un elemento sustancial del relato bíblico reconvertido en lenguaje republicano. La biografía de Miranda atraviesa el desierto del despotismo colonial que conduce a la tierra prometida, la emancipación de España, pero como el patriarca de Israel fallece antes de lograr su objetivo. Podríamos decir que al morir prisionero en Cádiz en 1816 construye para la posteridad su propio relato de precursor. Muy poético y muy político, pero ahistórico. Miranda no tuvo ni antes ni después el menor deseo de despedirse del mundo, porque amaba la vida y hasta el final conspiró para escaparse de sus carceleros. Si se nos permite un contrafactual basado en un caso comparable, como el del neogranadino Antonio Nariño, preso en Cádiz de 1814 a 1820, los liberales españoles lo hubieran sacado de la prisión, como hicieron con otros cautivos del absolutismo fernandino.

A la anacronía inherente al carácter de precursor suma Miranda en su presentación más difundida una atopía, una ausencia de lugar propio, la presumible falta de arraigo de quien ha logrado no ser de ninguna parte porque pertenece a todas, la condición abierta del cosmopolita. Esta se convierte en motivo de celebración porque en el relato del criollo hispanoamericano como «dominador cautivo», en certera definición del gran historiador venezolano Germán Carrera Damas, de quien es tirano dentro

de sus propias fronteras, pero está acomplejado frente a los poderosos de Europa y Estados Unidos, el viaje es metáfora de pedagogía y de civilización. Por decirlo en palabras de Mariano Picón Salas, «el peligro de una biografía de Miranda es su exceso de detalles y de variados ambientes, el fulgurante aparecimiento de un criollo audaz e imaginativo en las cortes europeas, el dominio y soltura con que se pasea por todo el universo culto de su tiempo, el brillo y la escenografía». Así, está bien considerado que Miranda viaje como fundador de la dimensión universal del criollo y que viajó mucho es bien sabido. Pero también hizo lo contrario y con remarcable coherencia. En 1810 retornó a su patria venezolana, sirvió a la Primera república como generalísimo y presidió su derrota. Esta se le atribuyó con ligereza por su «ineptitud militar». Acostumbrado a mandar ejércitos profesionales europeos, cegado por la fanfarria de los uniformes brillantes y las charreteras impolutas, habría desconocido las reglas de aquella guerra irregular americana, practicada por combatientes no profesionales. Esta es la imagen icónica de muchos de sus retratos desde finales del siglo XIX, transferida luego incluso a medios audiovisuales.

La evocación de su captura en julio de 1812, que resume como pocas esta atopía mirandina, lleva pues a pensar en su carencia de cualificación para semejante puesto de combate en el momento decisivo. Cuando lo van a meter preso, en mitad de la noche, Miranda proclama como quien no entiende nada por su condición de extranjero: «Bochinche, bochinche, esta gente no sabe hacer sino bochinche». La anacronía propia de la condición del precursor y la atopía del criollo global, desarraigado de su patria tras años de peregrinaje, culminan en una presencia externa al relato canónico de las independencias latinoamericanas en general y de la venezolana en particular. Estos próceres «desplazados» como Miranda del centro simbólico de la narración emancipadora, largo tiempo exiliados, extranjeros de sus con-

temporáneos y quién sabe si de sí mismos, son abundantes. Entre ellos figuran el chileno O'Higgins, residente en Perú desde 1823 hasta su muerte en 1842; el uruguayo Artigas, con treinta años de residencia en Paraguay, de 1820 a su fallecimiento en 1850; y el argentino San Martín, que vivió en Europa de 1824 a su muerte en las cercanías de París en 1850.

Cabe preguntarse entonces qué y quiénes se dispusieron en el centro de las interpretaciones de la emancipación y cuál es el lugar de unos y otros próceres dentro de los imaginarios colectivos. En el caso de Miranda, resulta obvio que Bolívar se convirtió en la figura central, el héroe mítico y reverencial, pero es importante señalar, como ha hecho Michael Zeuske, que el ideario bolivariano está salpicado de referencias mirandinas, que fue él quien concibió el derecho a la libertad de la América española en la *Propuesta de Hollwood* (1790), primero en forma de Incanato o monarquía parlamentaria y después como república independiente. La visión continental de los patriotas tan impulsada luego por Bolívar fue un diseño de Miranda, obvia como espejo invertido para quien había sido oficial del ejército imperial español en pleno Caribe durante la conflictiva década de 1780.

Esta faceta resultó de una elaboración intelectual, tras interminables horas de lectura y reflexión proyectista en la línea del tradicional arbitrista hispánico, más allá de que su difusión fuera ilustrada, apelara a conciencias individuales y a organismos intermedios de lo que hoy llamamos sociedad civil, o se difundiera en periódicos, hojas sueltas y panfletos de pretensiones iluministas. La *Proclama a los pueblos del continente colombiano, alias Hispano-América* (1801) recogió la existencia de generales incaicos y funcionarios romanos y citó a cronistas de Indias como Bartolomé de las Casas, el inca Garcilaso o Antonio de Herrera, junto a contemporáneos como el mexicano Clavigero, el duque de Almodóvar (traductor del abate Raynal) y a pensadores tan influyentes como Locke, el jurista Vattel o el literato Marmontel.

El sentido de la realidad, de cuya falta se le ha acusado con reiteración al atribuirle dispersión y carencia de capacidad sistematizadora, quedó bien patente en el *Proyecto de gobierno provisorio y gobierno federal* del mismo año. Este dio un papel de relevancia a cabildos y ayuntamientos en la futura organización política de una América emancipada, el «continente colombiano», según su venturosa denominación de una nueva Grecia en el Nuevo Mundo, con el istmo de Panamá al modo del Corinto helénico y una metrópoli llamada Colombo. Si los cabildos debían tener entre sus miembros un tercio escogido «entre los indios y la gente de color de la provincia», serían ciudadanos americanos todos los nacidos en el país de padre y madre libres, lo que excluía a esclavos y libertos. Aquel modelo mirandino salpicado de curacas (jefes), hatunapas (generales) y amautas (sabios maestros) incas, o de ediles y censores romanos, fue ampliado por Bolívar a partir de su conciencia de la necesidad de una patria americana inclusiva como condición para la emancipación de España. La *Carta de Jamaica* bolivariana (1815) recogió el panamericanismo mirandino y contempló una ciudadanía menos restrictiva. El «pueblo patriota» fue distinto al imaginado por Miranda, pero no se le puede acusar de poco práctico o soñador (otro adjetivo de significado ambiguo) por ser un lector viajero e ilustrado, o si se prefiere, un ilustrado viajero.

Esta figura tan dieciochesca representó para Miranda un ideal como dejó escrito en sus *Diarios*, iniciados el día en que partió para España con 21 años y nunca abandonados, por su sinceridad y polivalencia abiertos a múltiples interpretaciones y verdaderas enciclopedias en un sentido determinado: los lectores pueden encontrar en ellos cuanto busquen. También en este sentido su figura ha tenido poca fortuna, porque el estereotipo del hombre de acción como lector compulsivo fue puesto en cuestión en la política, la filosofía y la literatura desde comienzos del siglo XX. Los héroes de Ernest Hemingway, por ejemplo, fueron tan activos

como valientes y modestos. ¿Cuál de ellos hubiera preferido permanecer en su casa escribiendo y proyectando el futuro, con el riesgo de perderselo? Y sin embargo, Miranda explicó en el *Plan de su existencia* de 1780 un orden de prioridades, planeó una relación ordenada entre conocimiento y experiencia: «Con este propio designio he cultivado de antemano con esmero los principales idiomas de la Europa, que fueron la profesión en que desde tiernos años me colocó la suerte y mi nacimiento. Todos estos principios (que aún no son otra cosa), toda esta simiente, que con no pequeño afán y gastos se ha estado sembrando en mi entendimiento por espacio de 30 años que tengo de edad, quedaría desde luego sin fruto ni provecho por falta de cultura a tiempo. La experiencia y conocimiento que el hombre adquiere visitando y examinando personalmente con inteligencia prolija el gran libro del universo, las sociedades más sabias y virtuosas que lo componen, sus leyes, gobierno, agricultura, policía, comercio, arte militar, navegación, ciencias, artes, es lo que únicamente puede sazonar el fruto y completar en algún modo la obra magna de formar un hombre sólido».

Se ha entrenado para leer el libro de la naturaleza y planea su vida como una obra de arte y como un experimento, en la medida en que el saber preludia a la acción y la hace provechosa, sabia y sazónada. Su esfuerzo por conocer nunca ha sido disimulado por biógrafos y estudiosos, pero curiosamente esta función determinada del saber en su cosmovisión, dirigida a la mejora del mundo, parece descontextualizada, privada de sistema y conexiones, más un entretenimiento frívolo de Miranda que una plataforma de acción. Recursos, curiosidad y empeño por conocer nunca le faltaron. Además de traducir del latín y del griego (con las anotaciones de los clásicos formó lo que hoy consideraríamos un manual de autoayuda para consolación en momentos de dificultad), manejaba seis idiomas modernos: español, francés, inglés, alemán, ruso e italiano. Conocía también el árabe. Su escritura

se caracterizó por la permeabilidad a las palabras extranjeras, como ha estudiado Cristóbal Belda en «La lengua de Francisco de Miranda en su diario» (1985). El seseo es evidente. La sintaxis es coloquial y abunda en exclamaciones, puntos suspensivos, hipérbolos, disimulaciones y notas escatológicas e irónicas. El léxico muestra abundantes términos en francés, inglés e italiano: *adresa* (dirección), *anticalla* (antigualla), *aproche* (avance), *voltingear* (revolotear), *amollar* (recalar), *bill* (cuenta), *comandar* (dominar con la vista), *coxcombe* (fanfarrón), *farmer* (granjero), *fornitura* (mobiliario), *mistrese* (amante, concubina) *mail* (correo), *mob* (chusma, multitud), *parlor* (recibidor), *percolar* (filtrar), *prospecto* (perspectiva), *punche* (ponche), *steple* (campanario) o *store* (tienda).

Si la faceta de Miranda como melómano empedernido e intérprete de flauta travesera está atestiguada por distintos testimonios y por la existencia en su biblioteca de obras de Cenciello, Covelli, Pattoni, Sanmartini, Laveux, Quantz, Richter, Wendling (favorito de Mozart), los españoles Misón y Pla y muchos otros, son especialmente significativos los comentarios sobre Haydn (a quien visitó en el palacio de Esterhazy en 1785) o Boccherini. La abrumadora bibliofilia y la paralela grafomanía de Miranda también resultan extraordinarias. Tanto como el gran número de volúmenes que reunió, cerca de seis mil, con unos 2.500 títulos. Resalta la relación que Miranda estableció con sus libros, que podríamos calificar como carnal, hasta tal punto que en episodios dramáticos de su vida pareció lo único cuya suerte le preocupaba. Iniciada muy pronto su biblioteca, pues ya en 1780, con treinta años de edad, poseía 220 libros, en 1784 cuenta más de 500. También atesoró mapas, partituras y estampas. En 1807 escribió a su amigo y socio John Turnbull: «Nada puede ser más desagradable para mí que saber que uno solo de mis libros ha sido removido de mi casa. Pensar en esa posibilidad hiere realmente mis sentimientos». En otro momento indicó:

«¡Oh libros de mi vida, qué recursos inagotables para el alivio de la vida humana!».

Existen magníficos estudios sobre los clásicos de la biblioteca mirandina, como el dedicado por Juan David García Bacca a los griegos (Anacreonte, Aristóteles, Demóstenes, Diógenes Laercio, Pausanias, Plutarco, Polibio, Estrabón, Tucídides, Herodoto, Jenofonte). También eran numerosos los latinos (Virgilio, Cicerón, Plinio, Ovidio). Había filósofos y políticos, desde Voltaire, Rousseau y Montesquieu, a Maquiavelo, Hume, Locke y Thomas Paine. Literatos como «todo Shakespeare en ocho volúmenes»; Cervantes (el *Quijote* y Obras completas); Dante; Petrarca; Lope de Vega; Calderón de la Barca; Molière; La Fontaine; Swift y Milton. O historiadores, exploradores y cronistas, entre los cuales los de Indias tuvieron preeminencia: Hernán Cortés; Francisco Gonzalo López de Gómara; Bernal Díaz del Castillo; Alonso de Ercilla; el jesuita Acosta; Fernández de Oviedo; Antonio de Herrera; y por supuesto la *Biblia*. Autores tan característicos del siglo como Edward Gibbon con su *Decadencia y caída del imperio romano* (1776); Jorge Juan y Antonio de Ulloa; el jesuita expulso chileno Juan Ignacio Molina; el padre Gumilla y su *Orinoco ilustrado*; Antonio de Alsedo y el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* (1786); el abate Raynal, *Historia filosófica y política de los establecimientos de los europeos en las dos Indias* (1784) o el prusiano calumniador de América y autor de las *Recherches Philosophiques*, Cornelius De Pauw, se encontraban en sus estanterías junto al primer Humboldt, con el *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente* (1807) y el *Ensayo político de la Nueva España* (1808).

Miranda trabajaba los libros en el sentido moderno del término, tomaba notas, subrayaba y reseñaba lo fundamental. No menos llamativa resulta su faceta como traductor y editor. Esta alcanzó obras tan importantes como la *Carta a los españoles americanos* (1799) del jesuita expulso peruano Juan Pablo Vizcardo

y Guzmán, que tradujo del original francés al español en 1801. A ella se sumó la agitada publicación del periódico *El colombiano* en Londres en 1810 y de multitud de textos revolucionarios en aquella coyuntura. No es posible desentrañar el enigma de Miranda al margen de sus libros y lecturas, pero también es necesario tener al menos la voluntad, como señaló Violeta Rojo, de referirse a él no como un ente ficticio, sino como un personaje histórico. Ese es el intento de este libro y también el pacto que proponemos al lector: el rescate de Francisco de Miranda de su forzoso exilio en la mitología.